

El cristianismo: Una forma de vida



El cristianismo: Una forma de vida

Durante varios siglos el cristianismo ha sido la religión principal en el mundo occidental. Sin embargo, su influencia no parece haber reducido notablemente los estragos de la guerra o aminorado la crueldad del hombre contra el hombre. Como resultado de ello, millones de personas creen que las enseñanzas de Jesucristo son algo impráctico y que no tienen cabida en el mundo real. ¿Es acaso esta conclusión válida con respecto al camino de vida que Jesús enseñó?



La influencia del cristianismo no parece haber reducido notablemente los estragos de la guerra o aminorado la crueldad del hombre contra el hombre.

que profesan ser cristianos son seguidores de Cristo tan sólo de nombre. Sencillamente no viven de acuerdo con lo que Jesús enseñó.

Entre las naciones cuya población profesa mayormente el cristianismo, los Estados Unidos es la más religiosa. Pero veamos lo que reconoce un educador que ha estudiado las tendencias religiosas de ese país. En una entrevista realizada el 25 de diciembre de 1995, el Dr. Robert Franklin, profesor en la Universidad de Emory, en Atlanta, EE.UU., decía al respecto: “. . . Aunque aprendimos [según una encuesta del grupo Gallup] que el 96 por ciento de los norteamericanos afirman creer en Dios . . . no estoy muy seguro de que esta información sea confiable . . . Creo que las personas hablan de su creencia en Dios como si fuera una insignia que les diera entrada a cierto club, una insignia muy barata que los señala como miembros de la sociedad civilizada. En mi opinión, los estadounidenses valoran mucho la dimensión estética de la religión. Nos encanta el *Mesías* de Händel, escuchamos los himnos espirituales de los negros, admiramos el arte de la capilla Sextina, pero cuando se trata

¡Por supuesto que no! Por el contrario, lo que indican las estadísticas es que la razón principal por la cual las enseñanzas del cristianismo tradicional son tan inefectivas es porque *muy pocos que dicen creer en Cristo realmente practican lo que él predicó*. Hasta nuestros días, la inmensa mayoría de los

de seguir los Diez Mandamientos, el Sermón del Monte, la ética de la religión, me parece que tenemos mucho camino por recorrer”.

Las personas tienen diferentes opiniones con respecto a lo que significa el cristianismo. Pero pocas de estas opiniones están basadas en lo que la Biblia enseña. Muchos estudios y encuestas de cristianos profesos indican que piensan que mientras crean en Jesús, asistan de vez en cuando a la iglesia y sean básicamente buenas personas, están agradando a Dios.

La religión viene a ser más o menos lo que ellos quieren que sea. Piensan que cualquier preferencia o práctica religiosa, mientras sea motivada por buenas intenciones, es algo aceptable para Dios.

Más aún, muchos dirigentes religiosos les enseñan a sus rebaños que cualquier esfuerzo que hagan por practicar las buenas obras como un camino de vida basado en las Escrituras, más allá de simplemente “creer”, podría ser una afrenta a Dios. Algunos llegan hasta afirmar que Dios no espera *nada* de ellos, excepto que crean en la existencia o en el nombre de Jesús. La creencia de que el cristianismo debiera ser un *camino de vida* —que Dios espera que *hagamos* algo para recibir su aprobación— ha desaparecido casi por completo.

¿Es aceptable el hecho de que creamos que tenemos libertad para adorar a Dios como queramos, para rehacer a Dios a nuestra propia imagen? ¿O nos ha revelado Dios una forma de vida que *quiere que sigamos*? ¿Acaso le importa lo que hacemos y la forma en que nos comportamos? ¿Acaso en la Biblia define el *camino de vida* que espera que practiquemos? Y si lo hace, ¿cuál es ese camino? ¿Acaso marca esto alguna diferencia en la relación que se supone que debemos tener con él? En esta lección examinaremos las respuestas a estas preguntas de acuerdo con lo que nos dicen las Escrituras.

EL CAMINO DE VIDA SEGÚN DIOS

Para recibir la vida eterna, ¿basta con sólo creer en Jesús como nuestro Señor y Salvador?

“No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad” (Mateo 7:21-23; comparar con Lucas 9:23).

Aunque aceptar y honrar el papel de Cristo es esencial para nuestra salvación, Jesús dijo que solamente creer en su

nombre no cumple con todos los requisitos que Dios tiene en cuanto a la forma en que debemos vivir. Debemos también *hacer* la voluntad del Padre.

Jesús explicó que él espera mucho más de sus seguidores que simplemente creer que él es el Cristo —el Mesías— y llamarlo Señor. También requiere que *cambie*mos la forma en que vivimos.

¿Cómo describe Cristo la forma en que deberíamos vivir?

“Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan” (Mateo 7:13-14; comparar con Lucas 13:23-25).

George Barna, encuestador norteamericano especialista en observar y catalogar las tendencias y comportamientos religiosos, dice que el cristianismo moderno es de *un kilómetro de ancho y un centímetro de profundidad*. Pero esta clase de cristianismo no es el sendero que lleva hacia el Reino de Dios. Más bien, según lo que dice Jesús, es el camino a la destrucción.

El camino que conduce a la vida eterna es la forma de vida que se encuentra dentro de los límites *definidos por la ley de Dios*. No es el camino ancho y popular que aprueba cualquier preferencia y práctica de comportamiento.

¿En qué se basan la mayoría de las personas para definir la forma en que deben servir y adorar a Dios?

“Este pueblo de labios me honra; mas su corazón está lejos de mí. Pues en vano me honran, enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres” (Mateo 15:8-9).

“No envié yo aquellos profetas, pero ellos corrían; yo no les hablé, mas ellos profetizaban. Pero si ellos hubieran estado en mi secreto, habrían hecho oír mis palabras a mi pueblo, y lo habrían hecho volver de su mal camino, y de la maldad de sus obras” (Jeremías 23:21-22; comparar con 2 Corintios 11:13-15).

Como sucedió en los días de Jesús y de los profetas bíblicos, ¡así sucede hoy también! La mayoría de las personas basan su fe en las palabras y las opiniones de los maestros religiosos que aprecian más. Son pocos los que investigan primero las palabras de Dios en las Escrituras como la fuente básica de sus creencias.

¿Cuál debería ser la fuente de nuestras creencias y la guía para nuestro comportamiento?

“Así que la fe es por el oír, y el oír por la palabra de Dios” (Romanos 10:17; comparar con los vv. 15-16).

“¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido” (Isaías 8:20).

Si de veras queremos seguir a Dios de acuerdo con sus



“Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan”.

instrucciones, debemos evaluar honestamente los *orígenes* de nuestros hábitos actuales de adoración y nuestra forma de vida. Debemos preguntarnos si se derivan *de las Escrituras*. ¿Son nuestros maestros fieles a la palabra de Dios? ¿O transmiten únicamente las ideas y enseñanzas de los hombres? La respuesta a estas preguntas marca una enorme diferencia en si Dios va a trabajar con nosotros como sus siervos o si nos va a rechazar.

¿Es una tendencia reciente la adoración a Dios en vano?

“Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, cuando dijo: Este pueblo de labios me honra; mas su corazón está lejos de mí. Pues en vano me honran, enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres” (Mateo 15:7-9).

“Y vendrán a ti como viene el pueblo, y estarán delante de ti como pueblo mío, y oirán tus palabras, y no las pondrán por obra; antes hacen halagos con sus bocas, y el corazón de ellos anda en pos de su avaricia. Y he aquí que tú eres a ellos como cantor de amores, hermoso de voz y que canta bien; y oirán tus palabras, pero no las pondrán por obra” (Ezequiel 33:31-32).

Hace más de 2500 años los profetas Isaías y Ezequiel describieron el enfoque egoísta y sin sentido que los israelitas habían adoptado con respecto a la adoración. Las personas oían las palabras de los mensajeros de Dios, pero *no practicaban* lo que oían. Más tarde, en la época del Nuevo Testamento, Jesús dijo que el enfoque que ellos tenían era tal, que adoraban a Dios *en vano*: sin frutos y sin valor. Poco ha cambiado. Nuestra era es la de la incredulidad.

¿Cómo describen las Escrituras las creencias y la conducta de los primeros cristianos?

“... Cuando le oyeron Priscila y Aquila, le tomaron aparte y le expusieron más exactamente el camino de Dios” (Hechos 18:26).

“Hubo por aquel tiempo un disturbio no pequeño acerca del Camino” (Hechos 19:23).

“Entonces Félix, oídas estas cosas, estando bien informado de este Camino, les aplazó, diciendo: Cuando descendiere el tribuno Lisias, acabaré de conocer de vuestro asunto” (Hechos 24:22; comparar Hechos 9:1-2; 19:1-2, 9-10).

Los miembros de la iglesia primitiva con frecuencia se referían a sí mismos como aquellos que seguían el Camino. Pablo se refiere a su forma de vida como “el camino del Señor” y “el camino de Dios” (Hechos 18:25-26). En otras palabras, los primeros cristianos, que habían sido instruidos directamente por los apóstoles de Cristo, eran reconocidos por sus obras y sus acciones. Su forma de vida piadosa los distinguía de la sociedad en que vivían.

El camino de vida de los primeros cristianos se llamó el Camino porque ellos vivían de la forma en que Cristo vivía. Siguieron su ejemplo y obedecían sus instrucciones. El “Camino” era entonces, y sigue siéndolo, una forma de vivir y de pensar que es profundamente diferente de la que sigue la inmensa mayoría de la humanidad.

EL FUNDAMENTO

Cuando Cristo vino a la tierra explicó que, por medio del poder del Espíritu Santo, esta forma diferente de pensar produciría el fruto de las acciones y obras justas. Enseñó que el camino de Dios es el camino del dar, en lugar del camino normal, egoísta del hombre, que es el del obtener (Lucas 6:38; Hechos 20:35).

¿Cuál fue el contraste que Pablo hizo entre estas dos formas de pensar y de vivir?

“Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne, pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu. Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz” (Romanos 8:5-6).

“Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros. Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús” (Filipenses 2:3-5).

La clave para vivir una forma de vida diferente de los caminos del mundo es permitir que el Espíritu de Dios obre dentro de nosotros de tal manera que nuestra forma de pensar sea semejante a la de Jesucristo. Por medio de su santo Espíritu, Dios no sólo nos guía a una nueva forma de pensar, sino que además nos ayuda a cambiar las motivaciones que gobiernan nuestras acciones. El enfocarnos en la generosidad, en lugar del egoísmo y egocentrismo producidos por nuestra forma natural de pensar, trae consigo un cambio dramático en la forma en que vivimos y en todo lo que hacemos.

¿Cuáles son las prioridades más importantes en esta nueva forma de vida?

“Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” (Mateo 6:33).

“Porque todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, y hermana, y madre” (Mateo 12:50).

“... el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre” (1 Juan 2:17).

Dios nos pide que reordenemos nuestras prioridades, permitiendo a su Espíritu que nos ayude a cambiar nuestra forma de pensar. Servir a Dios haciendo su voluntad y deseando estar en su reino debe ser nuestra principal prioridad. Cuando ponemos a Dios primero, él promete proveernos con la forma de poder suplir nuestras necesidades. Esta, por sí sola, realmente es una promesa maravillosa que debiera darnos confianza y tranquilidad.

Vivir una vida según Dios es mucho más que simplemente invocar su nombre como si esto fuera suficiente para excusarnos cuando hacemos lo que nos plazca. Vivir una vida según Dios es hacer lo que a él le agrada. Es practicar lo que nos dice que hagamos: seguir el camino de vida definido por su palabra. ¡Necesitamos entender claramente los aspectos fundamentales de esta forma de vida!

¿Qué otros principios fundamentales enseñaron Cristo y sus apóstoles?

“Y he aquí un intérprete de la ley se levantó y dijo, para probarle: Maestro, ¿haciendo qué cosa here-daré la vida eterna? Él le dijo: ¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees? Aquél, respondiendo, dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo. Y le dijo: Bien has respondido; haz esto, y vivirás” (Lucas 10:25-28).

“Pues este es al amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos” (1 Juan 5:3).

“Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga

Recordatorio

Como hemos recomendado en lecciones anteriores, le exhortamos a que usted busque en su propia Biblia todas las referencias bíblicas que mencionamos pero que no citamos directamente en esta lección. Las incluimos para su propio beneficio, para que tenga un mayor entendimiento acerca de este tema tan importante. También puede profundizar más si busca directamente los pasajes bíblicos que citamos. Esto le ayudará a adquirir el hábito de estudiar cómo es que cada pasaje se utiliza en su contexto original. Si tiene preguntas que la lección no responde, no vacile en comunicarse con nosotros, ya sea por correspondencia o por correo electrónico. El personal de nuestras oficinas le contestará gustosamente sus interrogantes. □

su vida por sus amigos” (Juan 15:13; comparar con los vv. 15-17).

Jesús y sus apóstoles enseñaron un camino de vida basado en guardar los mandamientos de Dios con un *corazón lleno de amor* dispuesto a hacer sacrificios personales por el bien de otros, enfocándose en *dar* en lugar de *obtener*. Es una forma de vida en que hay preocupación por el bienestar de otros.

Un verdadero cristiano no puede basar su forma de vida —su nueva forma de vivir— en sus propias ideas acerca de lo bueno y lo malo. Los conceptos básicos de este camino que debemos seguir están definidos por Dios en las Escrituras. Las leyes de Dios, y el ejemplo de Cristo de una obediencia perfecta a estas leyes, fijan los parámetros para una forma de vida genuinamente cristiana.

Debemos estar seguros de que entendemos el papel que desempeña la ley de Dios en nuestras vidas. Pablo explica vehementemente en sus epístolas que ninguna ley nos puede justificar jamás; esto es, que no puede remover la culpa en que hemos incurrido por nuestras transgresiones pasadas (Romanos 3:23-25). La justificación —la remoción de la culpa de los pecados previamente cometidos— es un *don* que Dios da gratuitamente cuando nos arrepentimos y tenemos fe en la muerte expiatoria de Cristo como pago por nuestros pecados. Pablo dice: “Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley” (v. 28), esto es, por medio de la fe en la muerte de Cristo en nuestro lugar.

Pero Pablo después explica el papel que la ley todavía desempeña en nuestras vidas. “¿Luego por la fe invalidamos la ley? En ninguna manera, sino que confirmamos la ley” (v. 31). El propósito de la ley no es proveernos perdón de pecados sino *definir* el pecado, “porque por medio de la ley es el *conocimiento del pecado*” (v. 20). La ley de Dios revela los principios y parámetros de una vida según Dios.

Pablo explicó el fundamento de la vida que llevaba: “Pero esto te confieso, que *según el Camino* que ellos [los incrédulos] llaman herejía, así sirvo al Dios de mis padres, *creyendo todas las cosas que en la ley y en los profetas están escritas*” (Hechos 24:14-16). La forma de vida de Pablo estaba basada en lo que había aprendido de las Sagradas Escrituras.

Esto es lo que nuestras vidas deben ejemplificar: los más altos patrones de comportamiento amoroso de acuerdo con estas mismas Escrituras. Nuestro comportamiento debe reflejar la actitud de querer ser siervos colaboradores y respetuosos tanto de Dios como de nuestros congéneres. Como verdaderos cristianos se supone que debemos ser personas *afectuosas* e interesadas en *servir*, leales y totalmente comprometidas con los principios que se enseñan en las Escrituras.

PRACTICAR AMOR, HONOR Y RESPETO

¿Resumen las Escrituras la forma en que deberíamos relacionarnos con otras personas?

“Honrad a todos. Amad a los hermanos. Temed a Dios. Honrad al rey. Criados, estad sujetos con todo respeto a vuestros amos; no solamente a los buenos y afables, sino también a los difíciles de soportar” (1 Pedro 2:17-18).

“El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor” (1 Juan 4:8; comparar con 1 Juan 2:9-11).

Como Juan nos dice, Dios es amor. El *amor* resume el carácter de Dios, sus motivaciones, la forma en que vive y cómo trata con nosotros. Él quiere que mostremos amor en todas nuestras relaciones con otros.

¿Cómo debemos considerar a aquellos que están en posiciones de autoridad sobre nosotros?

“Recuérdales que se sujeten a los gobernantes y autoridades, que obedezcan, que estén dispuestos a toda buena obra. Que a nadie difamen, que no sean pendencieros, sino amables, mostrando toda mansedumbre para con todos los hombres” (Tito 3:1-2; comparar con Efesios 6:5-7).

“Exhorto ante todo, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias, por todos los hombres; por los reyes y por todos los que están en eminencia, para que vivamos quieta y reposadamente en toda piedad y honestidad. Porque esto es bueno y agradable delante de Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1 Timoteo 2:1-4).

“Sométase toda persona a las autoridades superiores; porque no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas. De modo que quien se opone a la autoridad, a lo establecido por Dios resiste; y los que resisten, acarreamos condenación para sí mismos. Porque los magistrados no están para infundir temor al que hace el bien, sino al malo. ¿Quieres, pues, no temer la autoridad? Haz lo bueno, y tendrás alabanza de ella” (Romanos 13:1-3).

¿Cómo deben comportarse y tratarse los esposos?

“Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella” (Efesios 5:25).

“Maridos, amad a vuestras mujeres, y no seáis ásperos con ellas” (Colosenses 3:19).

“Vosotros, maridos, igualmente, vivid con ellas sabiamente, dando honor a la mujer como a vaso más frágil, y como a coherederas de la gracia de la vida, para que vuestras oraciones no tengan estorbo” (1 Pedro 3:7-8).

“Asimismo vosotras, mujeres, estad sujetas a vuestros maridos; para que también los que no creen a la palabra, sean ganados sin palabra por la conducta de sus esposas, considerando vuestra conducta casta y respetuosa” (1 Pedro 3:1-2).

Un verdadero cristiano no puede basar su forma de vida —su nueva forma de vivir— en sus propias ideas acerca de lo bueno y lo malo.

¿Hablan las Escrituras acerca de que los hijos deben mostrar y recibir respeto?

“Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa; para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra. Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor” (Efesios 6:2-4).

“Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, porque esto agrada al Señor. Padres, no exasperéis a vuestros hijos, para que no se desalienten” (Colosenses 3:20-21).

“... pues no deben atesorar los hijos para los padres, sino los padres para los hijos” (2 Corintios 12:14).

Es igualmente importante que los padres sean considerados, amorosos, amables y animen a sus hijos, como lo es que sus hijos aprendan a respetar, honrar y amar a sus padres. El amor y respeto *mutuos* producen buen carácter en los niños y crean vínculos perdurables entre ellos y sus padres.

El respeto que se aprende en el hogar es algo que perdura toda la vida. Una de las causas de la ira y la violencia en la sociedad es la falta de verdadero respeto por otros en la familia, especialmente por los sentimientos y logros de los niños.

¿Acaso espera Dios que respondamos a todos con bondad y gentileza?

“Porque el siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos...” (2 Timoteo 2:24).

“Con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor” (Efesios 4:2; comparar con 1 Tesalonicenses 4:6-8).

El camino de vida según Dios comienza en nuestras actitudes hacia los demás. En cada aspecto de la vida debemos tratar a todos con bondad, amor y respeto.

¿Cuán importante es que también amemos y honremos sinceramente a Dios el Padre y a su Hijo?

“Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento” (Mateo 22:37-38; comparar con Malaquías 1:6).

“Ahora, pues, Israel, ¿qué pide el Eterno tu Dios de ti, sino que temas al Eterno tu Dios, que andes en todos sus caminos, y que lo ames, y sirvas al Eterno tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma?” (Deuteronomio 10:12).

“La gracia sea con todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo con amor inalterable” (Efesios 6:24; comparar con Juan 5:22-23).

Respetar, honrar y amar a Dios el Padre y a su Hijo Jesús el Mesías, es un aspecto esencial del camino de vida que Dios quiere que vivamos.

Para que una relación tenga éxito, es necesario que los

participantes muestren cierto grado de respeto y honor. Agregar el aprecio mutuo —que es el principio del amor— hará que pueda comenzar una relación estrecha y perdurable. Pero si falta alguno de estos elementos básicos en una relación, ésta comenzará a deteriorarse. Al faltar todos, inevitablemente se terminará.

El matrimonio, por ejemplo, sólo puede tener éxito si cada uno de los cónyuges ama, honra y respeta al otro. Es imposible tener un matrimonio feliz con un cónyuge que habitualmente menosprecia y pasa por alto los deseos y sentimientos del otro.

Sin embargo, muchos que profesan ser cristianos tratan de conducir su relación con Dios precisamente de esa forma. Esperan que Dios les responda con amor y respeto ante todos sus sentimientos y necesidades, pero no creen que sea necesario responderle a Dios con el mismo honor y respeto. Hacen caso omiso de su palabra, se mofan de sus enseñanzas y rechazan sus mandamientos. No comprenden las *obligaciones mutuas* que deben estar presentes en la relación que Dios espera que tengamos con él y con la familia espiritual convertida que él está creando.

¿Cómo ve Dios su relación con aquellos que están realmente convertidos?

“Y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso” (2 Corintios 6:18).

“El que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo” (Apocalipsis 21:7).

“Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios” (Juan 1:12; comparar con Romanos 8:14-17).

¿Qué clase de relación tenía Dios con la antigua Israel?

“Y andaré entre vosotros, y yo seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo” (Levítico 26:12).

“¿Así pagáis al Eterno, pueblo loco e ignorante? ¿No es él tu padre que te creó? Él te hizo y te estableció” (Deuteronomio 32:6).

“En aquel tiempo, dice el Eterno, me llamarás Ishi [mi marido]... Y te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en justicia, juicio, benignidad y misericordia. Y te desposaré conmigo en fidelidad, y conocerás al Eterno” (Oseas 2:16, 19-20).

¿Qué relación con Dios ha hecho posible Cristo para nosotros por medio de su sacrificio?

“He aquí que vienen días, dice el Eterno, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá. No como el pacto que hice con sus padres el día que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos invalidaron mi pacto, aunque fui yo un marido para ellos, dice el Eterno. Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos

días, dice el Eterno: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo” (Jeremías 31:31-33).

“Asimismo tomó también la copa, después de haber cenado, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre . . .” (1 Corintios 11:25).

Al igual que un hombre y una mujer entran en un pacto matrimonial (Malaquías 2:14) en el que prometen cuidarse y amarse como marido y mujer, Dios ha prometido entrar en un pacto con aquellos que se sometan a él con todo su corazón y toda su mente.

La palabra *nuevo* en la expresión *nuevo pacto*, tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo, implica una renovada y remozada relación de pacto. No implica una relación radicalmente diferente.

El nuevo pacto es una *renovación* del pacto original de Dios. Podemos comparar esto con la constitución de un país. Las enmiendas se agregan al documento original para explicar cómo debe ser interpretado en condiciones específicas. Ellas modifican el documento original, pero no lo anulan.

De la misma forma, las Escrituras confirman que existe una nueva —en el sentido de *renovada*— relación de pacto para aquellos que, después de haberse arrepentido y bautizado, son transformados por el Espíritu de Dios (Hebreos 8:6, 10; Efesios 2:11-13). La nueva relación no anula o excluye el documento original que servía de base para la antigua relación.

Sin embargo, algunos aspectos del documento original —las Escrituras del Antiguo Testamento— deben ser interpretados y aplicados de acuerdo con el *espíritu de la ley* revelado por Cristo, y no según la *letra de la ley* (2 Corintios 3:6). Por ejemplo, un adúltero que se arrepienta debe ser perdonado en lugar de ser apedreado. Cuando existe arrepentimiento, el viejo “ministerio de condenación” cede su lugar a un muchísimo más glorioso “ministerio de justificación” por el cual los antiguos pecados son perdonados y olvidados (v. 9).

Las Escrituras del Nuevo Testamento revelan unas guías bien definidas para aplicar las Escrituras del Antiguo Testamento en la renovada relación de pacto. Ningún texto del antiguo es borrado por la introducción del nuevo (Mateo 5:17). Pero hay algunas *enmiendas* del antiguo que se especifican en el nuevo.

Las modificaciones más importantes son la inclusión de personas de todas las naciones, la adición de mejores promesas —entre ellas la de la vida eterna— y la obra activa del Espíritu de Dios en aquellos que han entrado en la relación del nuevo pacto con Dios. Estas y otras modificaciones similares mejoran dramáticamente la relación de pacto que existe entre Dios y su pueblo.

¿Cómo se describe en las Escrituras la futura relación entre Cristo y su iglesia?

“Porque os celo con celo de Dios; pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo” (2 Corintios 11:2; comparar con Efesios 5:25-32).

“Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado. Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos. Y el ángel me dijo: Escribe: Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero. Y me dijo: Estas son palabras verdaderas de Dios” (Apocalipsis 19:7-9).

Cuando Jesús regrese a la tierra como Rey de reyes, la relación de Jesús con los santos resucitados será como la de un esposo con su esposa. Eso significa que la relación actual entre Cristo y los miembros de su iglesia es tan sólo el comienzo de una relación *eterna* de confianza, fidelidad y amor.

Nuestra relación con Dios puede ser comparada con una *relación familiar* que crece continuamente entre un padre y sus hijos o una *relación permanente* entre un esposo y su esposa. Es necesario alimentar esta relación especial con elementos tales como amor, respeto, honra, acción y esfuerzo. Como cualquier otra relación, su éxito también depende de que invirtamos el *tiempo* requerido para ello.

DEBEMOS DESARROLLAR HÁBITOS DE ESTUDIO BÍBLICO Y DE ORACIÓN

La buena comunicación es una clave esencial en una buena relación. Un reclamo constante de muchas esposas a sus esposos es “habla conmigo”. Un esposo sabio se da cuenta de esta necesidad y disfruta comunicándose con su esposa. Los hijos necesitan ánimo, respaldo e instrucción de sus padres, y los padres necesitan escuchar las peticiones, preguntas y opiniones de sus hijos. El fundamento de una buena comunicación incluye *hablar* además de *escuchar*.

Los mismos principios se aplican a la relación con nuestro Padre celestial. Una buena comunicación entre él y nosotros es un aspecto fundamental del camino de vida según Dios. Él nos habla por medio de las Sagradas Escrituras (Jeremías 10:1; Isaías 51:7). Nosotros hablamos con él por medio de la oración. Estas formas de comunicación entre Dios y nosotros no deben convertirse en una calle de una sola vía, con nosotros únicamente pidiéndole sus favores y misericordias, sin jamás prestar atención a su consejo o instrucción. Debemos mantener una comunicación abierta y recíproca con Dios, como una calle que va en dos sentidos.

¿Con cuánta frecuencia debemos hablarle a Dios en oración?

“Orad sin cesar. Dad gracias a Dios en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús” (1 Tesalonicenses 5:17-18).

Dios quiere que hagamos de la oración un hábito regular. Esto no significa que debamos orar sin hacer ninguna pausa, a lo largo de todo el día. Simplemente significa que no debemos de dejar de tener el hábito de la oración; que debemos orar con regularidad para mantener contacto con Dios.

¿Cuáles fueron los hábitos de oración de algunos de los fieles siervos de Dios?

“Tarde y mañana y a mediodía oraré y clamaré, y él oír mi voz” (Salmos 55:17).

“Cuando Daniel supo que el edicto había sido firmado, entró en su casa, y abiertas las ventanas de su cámara que daban hacia Jerusalén, se arrodillaba tres veces al día, y oraba y daba gracias delante de su Dios, como lo solía hacer antes” (Daniel 6:10).

“Levantándose muy de mañana, siendo aún muy oscuro, salió [Jesús] y se fue a un lugar desierto, y allí oraba” (Marcos 1:35).

Las Escrituras indican que era una costumbre muy común entre los siervos de Dios orar más de una vez al día. Por lo menos en una ocasión Jesús se levantó muy temprano, cuando todavía estaba oscuro, para poder tener un tiempo extra para hablar con Dios en privado en oración.

¿Está Dios realmente interesado en lo que tenemos que decirle?

“Porque los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a sus oraciones . . .” (1 Pedro 3:12).

“. . . La oración eficaz del justo puede mucho” (Santiago 5:16).

El libro del Apocalipsis compara nuestras oraciones con el suave olor del incienso que sube delante de Dios (Apocalipsis 5:8; 8:3-4). Él está deseoso de escuchar las peticiones más íntimas de nuestro corazón. Podríamos comparar esto con dos personas jóvenes enamoradas que conversan con frecuencia y francamente, atentos entre sí a cada palabra que el otro pronuncia. Dios espera que tengamos ese mismo entusiasmo e intensidad, ese mismo deseo ferviente de conversar con él.

¿Cuánto nos responde Dios cuando oramos?

“Por tanto, os digo que todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá” (Marcos 11:24).

“Pero pida con fe, no dudando nada; porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra. No piense, pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor” (Santiago 1:6-7).

“Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye” (1 Juan 5:14).

Dios ha prometido que nos oír y nos responderá cuando oremos sincera y fervientemente —según su voluntad— y genuinamente pongamos nuestra confianza en él.

¿Qué oraciones no escucha Dios?

“El Eterno está lejos de los impíos; pero él oye la oración de los justos” (Proverbios 15:29).

“He aquí que no se ha acertado la mano del Eterno para salvar, ni se ha agravado su oído para oír; pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados

han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír” (Isaías 59:1-2).

“El que aparta su oído para no oír la ley, su oración también es abominable” (Proverbios 28:9; comparar con Zacarías 7:11-13).

“Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites” (Santiago 4:3).

La buena comunicación es una relación recíproca. No sólo debemos hablarle a Dios por medio de la oración, sino que debemos prestar atención a lo que él tiene que decirnos. Hacemos esto por medio del estudio y la obediencia a la Biblia (Salmos 1:1-3; 119:97-100).

Dios espera que le pongamos atención a su instrucción escrita —en especial a sus principios fundamentales, los Diez Mandamientos— como un prerrequisito para que él nos escuche y responda a nuestras oraciones. Los libros de la Biblia pueden ser comparados con cartas de él, que nos comunican aspectos de su voluntad para nosotros. Si no escuchamos lo que nos dice, nuestras peticiones a él serán inútiles; nos dice que sencillamente se negará a escucharlas (Isaías 59:1-2).

Podremos establecer una comparación con una esposa que espera que su esposo la ame intensamente y la colme de bendiciones mientras está participando abiertamente en una relación adúltera. Semejante expectativa es algo irreal. Es igualmente irrealista esperar que Dios responda a las oraciones de alguien que no tiene ningún interés en serle fiel, que continuamente rehúse escuchar lo que dice. Por supuesto, cuando esta persona se arrepienta, Dios volverá a escuchar sus oraciones.

¿Nos enseñan las Escrituras cómo estudiar efectivamente la Biblia?

“Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad” (2 Timoteo 2:15).

“Y éstos eran más nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así” (Hechos 17:11).

“Hijo mío, si recibieras mis palabras, y mis mandamientos guardares dentro de ti, haciendo estar atento tu oído a la sabiduría; si inclinares tu corazón a la prudencia, si clamares a la inteligencia, y a la prudencia dieres tu voz; si como a la plata la buscares, y la escudriñares como a tesoros, entonces entenderás el temor del Eterno, y hallarás el conocimiento de Dios” (Proverbios 2:1-5).

“Fíate del Eterno de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia. Reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas. No seas sabio en tu propia opinión; tema al Eterno, y apártate del mal” (Proverbios 3:5-7).

Un hijo que pone cuidado a la instrucción es alguien que complace a sus padres y los hace felices. De la misma forma, a Dios le agrada cuando estudiamos su palabra diligentemente, con el deseo de saber cómo es que quiere que vivamos.

¿Cuál es el principal beneficio de estudiar las Escrituras?

“Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Timoteo 3:16-17).

Por medio de la Biblia Dios nos da la doctrina y la instrucción acerca de su forma de vida. Nos corrige y nos señala en dónde estamos equivocados, mostrándonos qué necesitamos cambiar. También nos permite crecer hasta la madurez espiritual y recibir salvación. Cuando estudiamos la Biblia permitimos que Dios nos hable. Es nuestra responsabilidad poner atención a sus palabras, hacerlas parte de nuestro pensamiento y actuar conforme a lo que aprendemos.

Los esposos que han acrecentando su cercanía y comunión en mente y corazón, con frecuencia pasan muchas horas hablando. Hablan acerca de sus metas, temores, alegrías, deseos y necesidades. Una relación estrecha con Dios también requiere esta clase de comunicación abierta, efectiva y recíproca.

¿Por qué estudiar la palabra de Dios nos ayuda a entender mejor nuestra propia naturaleza y la voluntad de Dios?

“Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón” (Hebreos 4:12).

“La exposición de tus palabras alumbra; hace entender a los simples” (Salmos 119:130).

Estas lecciones han sido creadas con el fin de ayudarlo a entender las Escrituras. Pero no nos crea lo que le decimos acerca de las enseñanzas bíblicas, sin antes escudriñar las Escrituras por su propia cuenta. Hágase preguntas, y respóndalas. Lea los versículos que citamos, además de los versículos anteriores y los posteriores, para que tenga claro el contexto de cada pasaje. Deje que sea Dios quien le hable. Pídale en oración su guía, y después estudie sus palabras. Sólo así podrá estar seguro de que lo que está aprendiendo son las enseñanzas del Dios viviente. (Si usted tiene preguntas o inquietudes que no puede resolver, por favor comuníquese con nosotros. Tendremos mucho gusto en ayudarlo.)

¿De qué otra forma nos comunica Dios su voluntad?

“Acudiendo Felipe, le oyó que leía al profeta Isaías, y dijo: Pero ¿entiendes lo que lees? Él dijo: ¿Y cómo podré, si alguno no me enseñare? Y rogó a Felipe que subiese y se sentara con él” (Hechos 8:30-31).

“¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique? ¿Y cómo predicarán si no fueren enviados? Como está escrito: ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas!” (Romanos 10:14-15).

Ningún hombre es una isla. No importa cuánto estudiemos por nuestra propia cuenta, necesitamos maestros que nos encaminen en la dirección correcta. Dios los ha provisto para edificación de su iglesia (Efesios 4:11-13), para que la instruyan en los principios fundamentales de su palabra. Esta es una de las razones principales por las que debemos congregarnos regularmente, para escuchar ministros espiritualmente maduros, que exponen las palabras de vida de las Escrituras.

DEBEMOS GUARDAR EL DÍA DE REPOSO DE DIOS

La mayoría de las naciones celebran días de fiesta en honor de sus héroes nacionales: presidentes, combatientes de guerras y otros que han servido a su país. En el trabajo se demuestra aprecio y respeto por medio de celebraciones como el día de las secretarías o de los maestros, o fiestas para algunos de los colaboradores. Y en cuanto a la honra a los miembros de la familia, tenemos ocasiones tales como el día de la madre, el día del padre y la celebración de los cumpleaños y aniversarios de bodas, como una forma de mantener vivas y sanas las relaciones familiares.

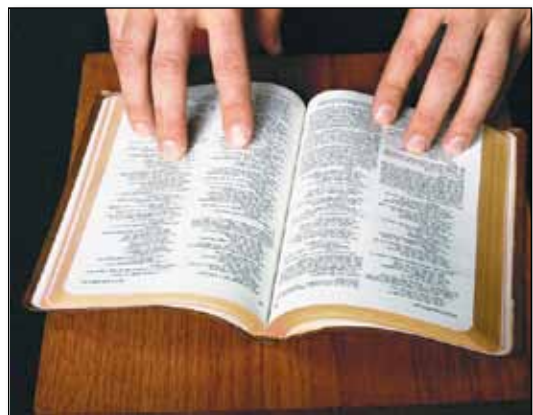
Si amamos a Dios y deseamos tener una relación estrecha con él, necesitamos pasar tiempo honrándolo y acercándonos a él. Todos podemos reconocer la importancia de compartir el tiempo en las relaciones afectivas. Cuando amamos algo, es valioso para nosotros, y cuando algo es valioso, le dedicamos tiempo, un tiempo en el que lo disfrutamos y lo cuidamos. Ob-

servemos cómo se comporta un joven con su automóvil y nos daremos cuenta del tiempo que pasa limpiándolo, reparándolo y revisándolo para que funcione bien. O una persona mayor con su jardín de rosas, el tiempo que pasa cultivando los rosales, podándolos, abonándolos para que florezcan y estén saludables. Así también ocurre

cuando amamos a nuestros hijos; pasamos mucho tiempo admirándolos y cuidándolos. Les damos nuestro tiempo.

Ya que este principio se aplica a los seres humanos que amamos, ¿no lo deberíamos aplicar también a nuestra relación con Dios?

Nuestras tradiciones nos animan a dedicarles tiempo y a honrar a aquellos que respetamos. Pero ¿cuántos respetamos el día de reposo semanal y las santas convocaciones que aparecen específicamente señalados en las Escrituras como ocasiones para honrar a Dios?



Cuando estudiamos la Biblia permitimos que Dios nos hable. Es nuestra responsabilidad poner atención a sus palabras, hacerlas parte de nuestro pensamiento y actuar conforme a lo que aprendemos.

¿Se instruye a los cristianos que deben reunirse regularmente?

“Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca” (Hebreos 10:24-25).

¿Nos enseñan las Escrituras qué día debemos reunirnos para adorar y honrar a Dios?

“Trabajarán ustedes durante seis días, pero el séptimo día es de reposo, es un día de fiesta solemne en mi honor, en el que no harán ningún trabajo. Dondequiera que ustedes vivan, será sábado consagrado al SEÑOR” (Levítico 23:3, Nueva Versión Internacional).

“. . . Ustedes deberán observar mis sábados. En todas las generaciones venideras, el sábado será una señal entre ustedes y yo, para que sepan que yo, el SEÑOR, los he consagrado para que me sirvan” (Éxodo 31:13, NVI).

“Acuérdate del sábado, para consagrarlo” (Éxodo 20:8, NVI).

Dios nos explica *cuándo* debemos reunirnos formalmente para honrarlo a él. Ha apartado el *séptimo día* de cada semana para que nos reunamos y nuestra relación con él se haga más estrecha. Quiere que esta relación se mantenga activa y cada vez sea más íntima. Ha apartado el sábado como un día especial para que podamos acercarnos a él y nuestra relación con él se fortalezca.

Sin embargo, la mayoría de las personas creen que el guardar el sábado ya no es importante para Dios, que no importa qué día guardemos. Cuando celebramos el día que nosotros mismos escogemos, estamos haciendo caso omiso del hecho de que nuestro Creador *ha definido específicamente* el día en que quiere que nos reunamos para adorarlo. En los Diez Mandamientos nos dice que debemos santificar el *séptimo día* de cada semana.

Si creemos que debemos vivir por cada palabra de Dios como Jesús ordenó (Lucas 4:4), sencillamente no podemos hacer caso omiso de este mandamiento. No podemos decir honestamente que creemos que debemos guardar los Diez Mandamientos y después obrar en forma contraria rechazando o cambiando el cuarto mandamiento, el cual nos ordena recordar el sábado y santificarlo.

¿Qué más espera Dios de nosotros en su día de reposo?

“Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para el Eterno tu Dios; no hagas en él obra alguna . . .” (Éxodo 20:9-10).

“Si retrajeres del día de reposo tu pie, de hacer tu voluntad en mi día santo, y lo llames delicia, santo, glorioso del Eterno; y lo venerares, no andando en tus propios caminos, ni buscando tu voluntad, ni hablando tus propias palabras, entonces te deleitarás en el Eterno; y yo te haré su-

bir sobre las alturas de la tierra, y te daré a comer la heredad de Jacob tu padre; porque la boca del Eterno lo ha hablado” (Isaías 58:13-14).

El sábado es un día en el cual toda nuestra labor normal debe cesar. Dios ha apartado el sábado como un período especial de descanso en el que podemos orar más y dedicarnos más al estudio de la Biblia, y además podemos reunirnos para recibir instrucción acerca de las Escrituras y disfrutar el compañerismo cristiano.

Con frecuencia el sábado es considerado, erróneamente, como una carga que Cristo vino a quitar. Pero Dios nunca describe su sábado como una carga o dice que Cristo vino a abolirlo. Más bien, las Escrituras lo describen como una *delicia*, un tiempo para fortalecer nuestra relación con Dios y con nuestros hermanos en Cristo. Aquellos que aman a Dios se deleitan en todas estas actividades especiales del sábado. Pero aquellos que sólo fingen amar a Dios pueden realmente pensar que el sábado es una carga. Debido a sus propias actitudes, creen que es una imposición a su propio horario.

¿Manifiesta Dios que es importante para él que guardemos el séptimo día de la semana?

“Porque en seis días hizo el Eterno los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, el Eterno bendijo el día de reposo y lo santificó” (Éxodo 20:11).

“Y les di también mis días de reposo, para que fuesen por señal entre mí y ellos, para que supiesen que yo soy el Eterno que los santifico” (Ezequiel 20:12).

El sábado, el séptimo día de la semana, es una *señal* que *identifica* a las personas que adoran al *Dios creador*. El sábado nos recuerda *cada semana* que el Dios que adoramos creó el universo y que debemos adorarlo tan sólo a él, nunca las cosas que creó. Nos da un tiempo extra y especial para acercarnos a él.

Las religiones idólatras, de varias formas, adoran la creación en lugar de adorar al Creador (Romanos 1:22-25). Por medio de la teoría de la evolución gran parte del mundo científico y del mundo académico profesa y promueve una religión atea basada en la premisa de que la creación se creó a sí misma. Niega la existencia del Dios creador. (Si desea tener sólidas pruebas científicas que demuestran la imposibilidad de que la vida haya evolucionado espontáneamente sin un Creador, no vacile en solicitar dos folletos gratuitos: *El supremo interrogante: ¿Existe Dios? y Creación o evolución: ¿Importa realmente lo que creamos?*)

¿Nos dio nuestro Creador un ejemplo de guardar el sábado descansando en él?

“Y acabó Dios en el día séptimo la obra que hizo; y reposó el día séptimo de toda la obra que hizo. Y bendijo Dios al día séptimo, y lo santificó, porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación” (Génesis 2:2-3).

¿Tenía Jesucristo, nuestro ejemplo humano perfecto, la costumbre de reunirse con otros cada sábado?

“Vino [Jesús] a Nazaret, donde se había criado; y en el día de reposo entró en la sinagoga, conforme a su costumbre, y se levantó a leer” (Lucas 4:16).

FE Y FIDELIDAD

¿Incluye el mandamiento del sábado la ordenanza de reunirnos con otros que también creen lo mismo?

“Seis días se trabajará, mas el séptimo día será de reposo, santa convocación; ningún trabajo haréis, día de reposo es del Eterno en dondequiera que habitéis” (Levítico 23:3).

La palabra hebrea traducida aquí por “convocación” tiene el significado de un *llamamiento a reunirse*. Implica un llamado oficial para venerar. La Versión Popular traduce este versículo así: “Trabajarás durante seis días, pero el séptimo día no deberás hacer ningún trabajo; será un día especial de reposo y habrá una reunión santa. Dondequiera que vivas, ese día será de reposo en honor al Señor”.

¿Se repite en el Nuevo Testamento la instrucción para el pueblo de Dios de congregarse regularmente?

“Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de congregarnos . . .” (Hebreos 10:24-25).

“Porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos; por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos, diciendo: Anunciaré a mis hermanos tu nombre, en medio de la congregación te alabaré” (Hebreos 2:11-12).

Aun nuestra relación con Cristo está enmarcada en un escenario que incluye reunirnos con los hijos de Dios. Reunirnos con otros que tienen el mismo modo de pensar para aprender más acerca de Dios por medio del estudio de su palabra, es una de las formas en que mostramos a Dios que estamos interesados en él y en su pueblo.

La celebración semanal del sábado es una parte importante de la forma en que Dios quiere que vivamos. (Si desea profundizar más acerca de por qué y cómo debemos celebrar el sábado, el séptimo día, no vacile en solicitar nuestro folleto gratuito *El día de reposo cristiano*.)

¿Desea Dios que nos reunamos en otras ocasiones santas, con el fin de adorarlo y honrarlo a él?

“Tres veces en el año me celebraréis fiesta. La fiesta de los panes sin levadura guardarás . . . También la fiesta de la siega, los primeros frutos de tus labores, que hubieres sembrado en el campo, y la fiesta de la cosecha a la salida del año, cuando hayas recogido los frutos de tus labores del campo” (Éxodo 23:14-16).

Dios nos dice que debemos reunirnos para adorarlo a él en los días de fiesta que él ordena. Aunque no es nuestro propósito en esta lección explicar la importancia del significado de las fiestas anuales de Dios, en la próxima lección lo haremos. Mientras tanto, no vacile en solicitar nuestro folleto gratuito *Las fiestas santas de Dios: Esperanza segura para toda la humanidad*.

¿Qué tan esencial es la fe en nuestra relación con Dios?

“Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan” (Hebreos 11:6).

“El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel; y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto” (Lucas 16:10).

Confianza y fidelidad —fe en Dios y lealtad a su palabra— son aspectos esenciales del camino de vida de las Escrituras. En el Nuevo Testamento, palabras tales como *fe*, *fiel* y *fidelidad* provienen de la palabra griega *pistis*. El *Diccionario expositivo de palabras del Nuevo Testamento*, de W.E. Vine, define *pistis* como “confianza . . . fiabilidad . . . fidelidad . . . aquello que es creído, el contenido de la fe, la fe . . . una base para la fe, una certeza . . . una prenda de fidelidad . . .” (1984, 2:119).

La infidelidad —la ausencia de fidelidad— es una de las principales causas de la ruptura en las relaciones, especialmente en los matrimonios. En cualquier relación estrecha la fidelidad y la confianza son fundamentales. En casi todas las ceremonias matrimoniales hay una frase en la que cada persona se compromete a ser fiel a su cónyuge hasta la muerte. Para cumplir esta promesa es necesario que cada uno demuestre su fidelidad al otro por medio de actos continuos de amor.

Este compromiso —esta determinación de cumplir fielmente los votos matrimoniales, las promesas y responsabilidades adquiridas— son fundamentales para las relaciones exitosas. El compromiso es el fundamento, el cimiento sólido de cualquier relación amorosa genuina.

¿Qué clase de fe es ineficaz?

“Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan. ¿Mas quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras es muerta?” (Santiago 2:19-20; comparar con los versículos 18 y 26).

Crear en Dios no es suficiente. Semejante fe “sin obras” es muerta. Una fe viva es una fe *activa*. “Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos. Porque si alguno es oidor de la palabra pero no hacedor de ella, éste es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural. Porque él se considera a sí mismo, y se va, y luego olvida cómo era. Mas el que mira atentamente en la perfecta ley, la de la libertad, y persevera en ella, no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra, éste será bienaventurado en lo que hace” (Santiago 1:22-25).

¿Nos da un ejemplo Dios por su fidelidad a sus compromisos y promesas?

“Conoce, pues, que el Eterno tu Dios es Dios, Dios fiel, que guarda el pacto y la misericordia a los que le aman y guardan sus mandamientos, hasta mil generaciones” (Deuteronomio 7:9).

“Si fuéremos infieles, él permanece fiel; él no puede negarse a sí mismo” (2 Timoteo 2:13; comparar con Hebreos 10:23).

¿Cómo espera Dios que le demostremos nuestra fe, confianza y fidelidad?

“Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle? . . . la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma . . . ¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? ¿No ves que la fe actuó juntamente con sus obras, y que la fe se perfeccionó por las obras?” (Santiago 2:14-22; comparar con Mateo 24:45-48).

El ejemplo dinámico de Abraham nos muestra lo que es en realidad la *fe viviente* en Dios. Abraham no sólo creyó en Dios, también creyó lo que Dios le había dicho y obedeció las órdenes de Dios. Nosotros también debemos vivir de esta forma.

Ya que Dios es fiel a nosotros, espera que nosotros le seamos fieles a él. Espera que creamos en su fidelidad, que confiemos en él con un corazón leal.

¿Cómo demostró Abraham su fe —su creencia y confianza— en Dios?

“Por cuanto oyó Abraham mi voz, y guardó mi precepto, mis mandamientos, mis estatutos y mis leyes” (Génesis 26:5).

Abraham confió en Dios y *siguió un camino de vida* que agradó a Dios. Ya que el cristianismo verdadero es una forma de vida, Dios espera que probemos nuestra fe con nuestras acciones. Esa es la forma en que vivió Abraham (Hebreos 11:8-10).

¿Qué sucederá finalmente con aquellos que sean voluntariamente infieles?

“Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda” (Apocalipsis 21:8).

¿Es necesario que los siervos fieles y obedientes de Dios afronten pruebas y sufrimientos?

“Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente” (1 Pedro 2:21-23).

“De modo que los que padecen según la voluntad de Dios, encomienden sus almas al fiel Creador, y hagan el bien” (1 Pedro 4:19).

“Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación

produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza” (Romanos 5:3-4).

Poner a Dios primero requiere fe y sacrificio. Los cristianos tendrán que afrontar pruebas y sufrimientos tal como Jesús y sus apóstoles lo hicieron.

Pedro nos dice: “Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo; echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros. Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar; al cual resistid firmes en la fe, sabiendo que los mismos padecimientos se van cumpliendo en vuestros hermanos en todo el mundo. Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca” (1 Pedro 5:6-10).

Tal sufrimiento no es algo raro. Casi todos sufrimos de una forma u otra. Pero hay una diferencia fundamental en las pruebas de un cristiano. Los siervos de Dios entienden que sus pruebas y sufrimientos pueden ayudarlos a desarrollar y fortalecer su carácter. Saben, como dicen las Escrituras, que “a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Romanos 8:28).

¿Cómo deben considerar los cristianos fieles sus pruebas y sufrimiento?

“Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese, sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría. Si sois vituperados por el nombre de Cristo, sois bienaventurados, porque el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre vosotros. Ciertamente, de parte de ellos, él es blasfemado, pero por vosotros es glorificado” (1 Pedro 4:12-14).

“Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna” (Santiago 1:2-4; comparar con Mateo 5:10-12).

Aquellos que tienen fe en la fidelidad de Dios tienen la seguridad de que pueden confiar en que él va actuar a su favor. Saben que cuando él interviene en sus pruebas para librarlos, hará lo que sea mejor para ellos de acuerdo con su gran propósito. Ellos confían en la sabiduría y la justicia de Dios y están dispuestos a sufrir para demostrarlo (1 Pedro 4:19).

Pedro resume la actitud de confianza que les imparte el Espíritu de Dios: “En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo, a quien amáis sin haberle visto, en quien creyendo, aunque

ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso; obteniendo el fin de vuestra fe, que es la salvación de vuestras almas” (1 Pedro 1:6-9).

DEBEMOS SER BUENAS PERSONAS CON LOS DEMÁS

Una de las parábolas más famosas de Cristo es la del buen samaritano. En esta parábola describe cómo un hombre que había sido herido estaba en el suelo maltrecho, en medio de un camino bastante transitado.

En dos ocasiones diferentes, dos personas —ambas unas figuras religiosas— pasaron junto al hombre herido y no se detuvieron para ayudarlo. “Pero un samaritano, que iba de camino, vino cerca de él, y viéndole, fue movido a misericordia; y acercándose, vendó sus heridas, echándole aceite y vino; y poniéndole en su cabalgadura, lo llevó al mesón, y cuidó de él. Otro día al partir, sacó dos denarios, y los dio al mesonero, y le dijo: Cuídamele; y todo lo que gastes de más, yo te lo pagaré cuando regrese” (Lucas 10:33-35).

Jesús habló esta parábola para responderle a alguien que le había preguntado: “¿Y quién es mi prójimo?” Después de dar la parábola, Jesús le preguntó: “¿Quién, pues, de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones? Él dijo: El que usó de misericordia con él. Entonces Jesús le dijo: *Ve, y haz tú lo mismo*” (vv. 36-37).

¿Es parte esencial del camino de vida de Dios el interés genuino por servir y cuidar a otros?

“Sirviendo de buena voluntad, como al Señor y no a los hombres, sabiendo que el bien que cada uno hiciera, ése recibirá del Señor, sea siervo o sea libre” (Efesios 6:7-8).

“La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo” (Santiago 1:27; comparar con Mateo 20:25-28).

Jesús no condenó el recibir, pero hizo énfasis en que era más bienaventurado dar que recibir (Hechos 20:35).

Veamos lo que dijo Jesús a sus discípulos: “. . . de gracia recibisteis, dad de gracia” (Mateo 10:8). “Y cualquiera que dé a uno de estos pequeñitos un vaso de agua fría solamente, por cuanto es discípulo, de cierto os digo que no perderá su recompensa” (v. 42). “¿Quién es, pues, el siervo fiel y prudente, al cual puso su señor sobre su casa para que les dé el alimento a tiempo? Bienaventurado aquel siervo al cual, cuando su señor venga, le halle haciendo así. De cierto os digo que sobre todos sus bienes le pondrá” (Mateo 24:45-47).

Dar y servir son simplemente poner en práctica el amor de Dios. Veamos lo que Pablo escribió: “Porque vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados [habiendo sido esclavos del pecado, Romanos 6:20-22]; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros” (Gálatas 5:13).

¿También debemos preocuparnos por aquellos que son nuestros enemigos?

“Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y

aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos” (Mateo 5:43-45).

¿En dónde nos revela Dios cómo amar a otros?

“Porque: No adulterarás, no matarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio, no codiciarás, y cualquier otro mandamiento, en esta sentencia se resume: Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Romanos 13:9).

Los mandamientos de Dios —sus leyes— definen y explican el amor. Al desarrollar el profundo deseo de ser una bendición para otros, así sea que nos amen o no, nuestro entendimiento y apreciación de los mandamientos y leyes de Dios aumentará profundamente, “porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (Romanos 5:5).

DEBEMOS ACEPTAR NUESTRA RESPONSABILIDAD PERSONAL

En términos de moralidad cristiana, ¿cuáles son algunas de nuestras responsabilidades fundamentales?

“Pero fornicación y toda inmundicia, o avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como conviene a santos; ni palabras deshonestas, ni necedades, ni truhanerías, que no convienen, sino antes bien acciones de gracias. Porque sabéis esto, que ningún fornicario, o inmundo, o avaro, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios” (Efesios 5:3-5; comparar con Colosenses 3:5-10).

“Pero a causa de las fornicaciones, cada uno tenga su propia mujer, y cada una tenga su propio marido” (1 Corintios 7:2).

“Honroso sea en todos el matrimonio, y el lecho sin mancilla; pero a los fornicarios y a los adúlteros los juzgará Dios” (Hebreos 13:4).

Dios llama a su pueblo de todas partes y formas de vida. Sin importar la naturaleza y gravedad de nuestros pecados pasados, Dios nos perdona cuando nos arrepentimos y dejamos de cometerlos. Para agradar a Dios, sin embargo, debemos poner atención y seguir sus instrucciones en cuanto a lo que él considera una conducta aceptable.

Debemos estar en guardia para no regresar a las prácticas

Al desarrollar el profundo deseo de ser una bendición para otros, así sea que nos amen o no, nuestro entendimiento y apreciación de los mandamientos y leyes de Dios aumentará profundamente.

abominables que él condena, a los pecados que el sacrificio de Cristo ha cubierto.

¿Qué debemos hacer para eludir la inmoralidad del mundo a nuestro alrededor?

“No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar” (1 Corintios 10:13).

“... Despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él, sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios” (Hebreos 12:1-2; comparar con 1 Pedro 4:3-5).

Nuestras mejores defensas contra la tentación de pecar son: (1) mantenernos alejados de aquellas circunstancias que son especialmente tentadoras para nosotros y (2) mantenernos en estrecho contacto con Dios por medio de la oración.

Pablo dijo: *“Huid de la fornicación. Cualquier otro pecado que el hombre cometa, está fuera del cuerpo; mas el que fornicar, contra su propio cuerpo peca” (1 Corintios 6:18).* Para saber y reconocer cómo podemos evitar el pecado, necesitamos la guía de Dios por medio del Espíritu Santo. Para recibir esa ayuda debemos poner en práctica el consejo de Cristo: *“Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil” (Mateo 26:41).* Además dijo: *“Orad que no entréis en tentación” (Lucas 22:40).*

La actitud que tengamos frente a si vamos a permitir que el pecado sea atractivo para nosotros, es importante. Como dice el refrán, las acciones hablan más fuerte que las palabras. Nuestras actitudes, decisiones y comportamiento dicen mucho acerca de lo que somos y lo que creemos. Ponen en evidencia si somos sinceros y genuinos, o si somos engañadores y charlatanes.

¿Debemos alejarnos de los incrédulos para poder evitar el pecado?

“No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal... Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo” (Juan 17:15, 18).

Jesús nunca les dijo a los miembros de su iglesia que debían apartarse completamente de aquellos que no se habían arrepentido todavía de sus pecados. Pablo lo explicó muy claramente: *“Os he escrito por carta, que no os juntéis con los fornicarios; no absolutamente con los fornicarios de este mundo, o con los avaros, o con los ladrones, o con los idólatras; pues en tal caso os sería necesario salir del mundo. Más bien os escribí que no os juntéis con ninguno que, llamándose hermano, fuere fornicario, o avaro, o idólatra, o maldiciente, o borracho, o ladrón; con el tal ni aun comáis” (1 Corintios 5:9-11).*

Debemos escoger cuidadosamente nuestros amigos y compañeros cercanos, de tal forma que su influencia no nos lleve al pecado, porque: *“Las malas compañías corrompen las buenas costumbres” (1 Corintios 15:33, NVI).* Pero esto, sin embargo, no debe impedirnos tener buenas relaciones con muchas personas que todavía no han sido llamadas por Dios.

Jesús mismo se asoció abiertamente con algunos que él sabía eran pecadores. Nunca participó en sus pecados, pero nunca los evitó ni los consideró inferiores e indignos de asociarse con ellos. *“Aconteció que estando Jesús a la mesa en casa de él, muchos publicanos y pecadores estaban también a la mesa juntamente con Jesús y sus discípulos; porque había muchos que le habían seguido. Y los escribas y los fariseos, viéndole comer con los publicanos y con los pecadores, dijeron a los discípulos: ¿Qué es esto, que él come y bebe con los publicanos y pecadores? Al oír esto Jesús, les dijo: Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores” (Marcos 2:15-17).*

Es necesario recordar que la palabra de Dios nos exhorta: *“Honrad a todos” (1 Pedro 2:17).* Debemos evitar las situaciones que nos puedan llevar a participar en los pecados de los demás, pero sin que esto implique rechazarlos como amigos. Siempre debemos evitar ser distantes, despreocupados y descorteses con nuestro vecinos, parientes y compañeros de trabajo que creen de una forma diferente de nosotros. Si quieren acercarse socialmente a nosotros no debemos desanimarlos, en tanto que esto no implique transgredir las leyes de Dios.

Como resultado de nuestra amabilidad y respeto para con ellos, es posible que nuestro ejemplo pueda causar un impacto en sus perspectivas y conducta (1 Corintios 7:12-16; 1 Pedro 3:1).

¿Debemos presionar a otros para que adopten nuestras creencias?

“Sea vuestra palabra siempre con gracia, sazónada con sal, para que sepáis cómo debéis responder a cada uno” (Colosenses 4:6).

“... Estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros; teniendo buena conciencia, para que en lo que murmuran de vosotros como de malhechores, sean avergonzados los que calumnian vuestra buena conducta en Cristo” (1 Pedro 3:15-16).

Debemos ser muy cuidadosos de respetar los sentimientos y las convicciones de otros, aunque discrepemos totalmente de ellos. No debemos tratar de forzarlos a adoptar nuestras creencias ni presionarlos para que escuchen o acepten información que no han solicitado ni quieren recibir. La exhortación de Pedro es que debemos responderles de una forma clara, transparente y honesta, si es que nos preguntan acerca de nuestras creencias. Debemos aprender la mejor forma de responder a cada persona que conozcamos (Colosenses 4:6).

Debemos respetar sus sentimientos y tratarlos con amabilidad. Debemos mostrarles la misma cortesía que nos gus-

taría recibir en el caso de que nosotros les preguntáramos acerca de sus creencias. Es necesario recordar, como lo hemos explicado en lecciones anteriores, que sólo Dios puede llamar a las personas y darles el entendimiento requerido para que se arrepientan.

Si nuestro ejemplo y buena conducta hacen que ellos pregunten acerca de nuestras creencias y forma de vida, debemos responder apropiadamente. Pero nunca debemos ser bruscos ni presionarlos para que escuchen más de lo que quieran oír. Hay un sabio refrán que dice que un hombre que es “convencido” en contra de su voluntad realmente no cambia de opinión. Esto es cierto en la mayoría de los casos. Necesitamos ser un *ejemplo* de los caminos y el carácter de Dios. Si las personas respetan nuestro ejemplo, tal vez pregunten por qué vivimos como lo hacemos. Entonces podemos responderles de acuerdo con el interés que manifiesten.

VIVIR COMO LUCES EN EL MUNDO

Pablo nos dice: “Haced todo sin murmuraciones y contiendas, para que seáis irreprochables y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, *en medio de la cual resplandecéis como luminarias en el mundo*; asidos de la palabra de vida, para que en el día de Cristo yo pueda gloriarme de que no he corrido en vano, ni en vano he trabajado” (Filipenses 2:14-16). Dios espera que seamos un ejemplo para las personas en el mundo.

¿Qué más dijo Cristo acerca de nuestro ejemplo a otros?

“Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en casa. Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mateo 5:14-16).

Tenemos la responsabilidad de mostrar el fruto del Espíritu de Dios y su amor hacia otros por medio de nuestra conducta y nuestro ejemplo.

¿Debe nuestro deseo de ser un buen ejemplo afectar la forma en que vestimos?

“Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar, levantando manos santas, sin ira ni contienda. Asimismo que las mujeres se atavien de ropa decorosa, con pudor y modestia; no con peinado ostentoso, ni oro, ni perlas, ni vestidos costosos, sino con buenas obras, como corresponde a mujeres que profesan piedad” (1 Timoteo 2:8-10).

“Vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos, sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios” (1 Pedro 3:3-4).

Nuestra vestimenta y cuidado personal deben ser modestos y dentro de un estilo que muestre la moderación y el decoro que son tan importantes para Dios. Debemos evitar

extremos que atraigan la atención hacia nosotros o que nos hagan catalogar como extraños.

También es muy importante nuestra actitud: la forma en que pensamos de nosotros mismos y cuán sensibles somos a los sentimientos de otros. Cuando nuestra forma de pensar es moralmente correcta y considerada hacia los demás —algo que refleja la mente de Cristo (Filipenses 2:5)— esto normalmente se reflejará en las decisiones que tomemos sobre nuestra conducta y presentación personales. Estas decisiones generalmente dicen mucho acerca de nuestro carácter.

Necesitamos tener equilibrio. Necesitamos que nuestra vestimenta y apariencia personal sean apropiadas para la ocasión, sin llegar a un extremo que atraiga demasiada atención sobre nosotros. El punto principal es que nuestra apariencia y nuestra forma de presentarnos siempre deben ser honorables y respetables.

¿Qué es lo que más nos debe distinguir del resto del mundo?

“No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra de Dios” (Lucas 4:4).

“En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros” (Juan 13:35).

“Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado” (1 Juan 3:24).

Nuestra vida debe ser un ejemplo de obediencia a toda palabra de Dios, de una forma amorosa que refleje el Espíritu de Dios que mora en nosotros.

¿Cómo espera Jesús que su iglesia se relacione con el resto del mundo?

“Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo” (Juan 17:18).

“Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado . . .” (Mateo 28:19-20).

Además de dar un ejemplo de cómo Dios desea que vivan las personas, la iglesia debe estar enseñando y explicando activamente los caminos de Dios a aquellos que estén dispuestos a escuchar. La proclamación pública del evangelio es generalmente la responsabilidad de personas ordenadas y especialmente entrenadas para comunicar el mensaje de Cristo al público.

Pablo, por ejemplo, pidió a los miembros de la iglesia en Éfeso que clamaran por la ayuda de Dios “orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos; y por mí, a fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con denuedo el misterio del evangelio, por el cual soy embajador en cadenas; que con denuedo hable de él, como debo hablar” (Efesios 6:18-20). Pablo tenía un ministerio público bastante evidente, pero también apreciaba y solicitaba las oraciones y el respaldo de los hermanos de la iglesia. De esta forma traba-

jaban juntos para llevar a cabo la misión que Dios le ha encomendado a su iglesia.

En la actualidad, los miembros de la Iglesia de Dios no son diferentes. Aquellos en quienes está obrando el Espíritu de Dios desean fervientemente ser ejemplos del camino de vida de Dios y hacer su parte en ayudar a llevar el verdadero evangelio de Jesucristo a todos los pueblos.

¿Toma en cuenta Dios de manera especial a sus siervos que dedican tiempo para comunicarse y trabajar juntos?

“Entonces los que temían al Eterno hablaron cada uno a su compañero; y el Eterno escuchó y oyó, y fue escrito libro de memoria delante de él para los que temen al Eterno, y para los que piensan en su nombre. Y serán para mí especial tesoro, ha dicho el Eterno de los ejércitos, en el día en que yo actúe; y los perdonaré, como el hombre que perdona a su hijo que le sirve. Entonces os volveréis, y discerniréis la diferencia entre el justo y el malo, entre el que sirve a Dios y el que no le sirve” (Malaquías 3:16-18).

Es importante reunirse con otros que piensan lo mismo. La Iglesia de Dios Unida, *una Asociación Internacional*, tiene cientos de congregaciones en todo el mundo que están dedicadas a servir a Dios y a hacer su obra. Si usted desea tener la dirección o el número telefónico de uno de nuestros ministros, no vacile en comunicarse con nosotros a la dirección que aparece al final de esta lección, o visite nuestro sitio en Internet.

En el momento en que recibimos el Espíritu de Dios, por medio de la ceremonia del bautismo, le pertenecemos a Cristo. A partir de ese momento Dios tiene grandes expectativas con nosotros como hijos suyos. Él espera que sincera y fervientemente sigamos su camino de vida y seamos luces para el mundo.

SI DESEA PROFUNDIZAR EN EL TEMA

Si desea entender mejor los principios expuestos en esta lección, nos da mucho gusto ofrecerle los siguientes folletos:

- *¿Existe Dios?*
- *Creación o evolución: ¿Importa realmente lo que creamos?*
- *El día de reposo cristiano*

- *La iglesia que edificó Jesucristo*
- *Las fiestas santas de Dios*
- *Usted puede tener una fe viva*
- *Transforme su vida: La verdadera conversión cristiana*

No vacile en solicitarnos cualesquiera de estas publicaciones, sin costo alguno para usted. Puede dirigir su solicitud a nuestra dirección más cercana a su domicilio; o si lo prefiere, puede descargar estas publicaciones directamente de nuestro portal en Internet. □

Temas de reflexión

El propósito de estas preguntas es estimularle a reflexionar acerca de los conceptos expuestos en esta lección y ayudarle a aplicarlos en su vida personal. Le sugerimos que se tome el tiempo de escribir sus respuestas a estas preguntas y que luego las compare con los pasajes bíblicos indicados. Por favor siéntase con la libertad de hacernos cualesquier comentarios, sugerencias o preguntas que pueda tener.

- ¿Es posible adorar a Dios el Padre y a Jesucristo en vano? (Mateo 7:21-23; 15:7-9).
- ¿Describen las Escrituras el cristianismo como un camino de vida? (Hechos 9:1-2; 18:26; 19:9, 23; 22:4; 24:14, 22).
- ¿Seguir el camino de vida de Dios implica hacer la voluntad de Dios? (Mateo 7:13-14, 21-23).
- ¿Cuáles son algunos principios fundamentales que hacen diferente al camino de Dios del camino egoísta del mundo? (Filipenses 2:3-5; Mateo 6:33; Lucas 10:25-28; 1 Juan 5:3).
- ¿Cómo nos enseña la Biblia que debemos tratar a Dios y a nuestro prójimo? (Mateo 22:37-39; Colosenses 3:18-22).
- ¿Cómo debemos practicar la comunicación recíproca con Dios? (1 Tesalonicenses 5:16-18; 1 Juan 5:14; Proverbios 15:29; 2 Timoteo 2:15; 3:15-17; Hechos 17:11; Romanos 10:14).
- ¿Qué día de la semana guardan aquellos que siguen el camino de vida de Dios para demostrarle respeto a su Creador y aprender más de él? (Éxodo 20:8-11; Hebreos 10:24-25).
- ¿Qué es fe viviente? (Santiago 1:22-25; 2:19-20).
- ¿Cómo deben considerar sus pruebas los cristianos? (1 Pedro 4:12-14; Santiago 1:2-4).
- ¿Cómo deben los cristianos mostrar amor a su prójimo y aun a sus enemigos? (Santiago 1:27; Hechos 20:35; Mateo 5:43-45; Romanos 13:9).
- ¿Qué ejemplo de responsabilidad cristiana espera Dios que demos, y cómo afectará este ejemplo a aquellos a nuestro alrededor? (Efesios 5:3-5; Mateo 5:14-16; 1 Pedro 3:15-16). □

Esta publicación no es para la venta. La distribuye *gratuitamente* la Iglesia de Dios Unida, *una Asociación Internacional*.

Salvo indicación contraria, las citas bíblicas son de la versión Reina-Valera, revisión de 1960.

Puede enviar sus comentarios, preguntas o solicitudes a cualquiera de estas direcciones:

Bolivia: Casilla 8193 • Correo Central • La Paz

Chile: Casilla 10386 • Santiago

Sitio en Internet: www.unidachile.cl

Estados Unidos: P.O. Box 541027 • Cincinnati, OH 45254-1027

Sitio en Internet: www.ucg.org/espanol

Honduras: Apartado Postal 283 • Siguatepeque, Comayagua